

La complicidad del silencio

Es notable la forma en que se ha distorsionado la intención y hasta el contenido mismo del comunicado mexicano-francés suscrito el pasado 29 de agosto sobre el conflicto salvadoreño. No obstante, pocos documentos de la diplomacia internacional son más claros y cuidadosos. ¿Por qué, entonces, la voluntad de integrar en su contra una especie de *santa alianza*? La respuesta es obvia: la mayoría de los impugnadores difícilmente podrán aportar argumentos serios de representatividad, y sobran, en cambio, los que sustentarán la tesis de un compromiso más o menos abierto con estrategias que no son precisamente las de los pueblos de la región latinoamericana, y menos de las fuerzas populares salvadoreñas.

Ha hecho bien, pues, nuestra cancillería en reafirmar conceptualmente sus posiciones al respecto. A México, uno de cuyos principios distintivos en sus relaciones mundiales es precisamente el de *no intervención*, se le acusa nada menos que de intervencionista por la firma del comunicado.

4

uno más uno La verdadera intervención

La conmoción provocada por el comunicado franco-mexicano sobre la situación salvadoreña es la mejor prueba de que era necesaria y urgente dicha toma de posición. Ella ha sacado a la diplomacia del continente y del mundo, con respecto a este caso, del empantanamiento en el callejón de la simulación y del supuesto respeto a la no intervención, mientras en los hechos los gobiernos de Estados Unidos, Venezuela, Argentina y otros están interviniendo abiertamente dando apoyo económico y militar a la junta salvadoreña. Y este gobierno, no hay que olvidarlo, aparte de ser masacrador, es constitucionalmente ilegítimo, impuesto por la fuerza de un golpe de estado militar y, en ese sentido, el mismo escasamente representativo. La declaración de México y París propone una salida: la negociación entre las partes. Se limita a reconocer jurídicamente lo que Estados Unidos y Venezuela están reconociendo con sus ingentes envíos de armas y fondos a la junta militar: que el FDR-FMLN constituye una poderosa realidad material, que es representativo y que es una fuerza política imposible de dejar de lado en cualquier negociación de verdad, como lo era el FLN en Argelia durante la guerra de liberación o como lo es el SWAPO en Namibia en estos días. La declaración, por otra parte, ha tenido dos virtudes. Por un lado, ha obligado a todo el mundo a pronunciarse abiertamente por el principio de no intervención: sobre este punto, al menos en las palabras, existe unanimidad entre los partidarios y los adversarios de la posición franco-mexicana. Ello debería bastar para que en los organismos internacionales se resolviera, del mismo modo, condenar toda ayuda material a la dictadura militar de El Salvador y facilitar la creación de los canales adecuados para que, sin la menor intervención externa, los salvadoreños encuentren una salida negociada entre los bandos en lucha.

Por otro lado, la declaración ha obligado a salir al descubierto frente a su propia opinión pública a gobiernos que, declarándose preocupados por la democracia, se han alineado en este caso clave con las dictaduras de Buenos Aires, Santiago, La Paz, Asunción y Guatemala. Los pronunciamientos de esa opinión pública no se han hecho esperar, particularmente en Venezuela como país que encabeza este bloque, y no han sido ciertamente favorables.

Este revuelo internacional es, al fin de cuentas, altamente saludable. Como un viento vivificador, la resolución franco-mexicana, respaldada sin fisuras por la inmensa mayoría de la opinión de ambos países, ha introducido un elemento nuevo para la solución de la crisis salvadoreña y la terminación de los atroces sufrimientos de su pueblo. Es una decisión que soporta gallardamente la confrontación con la historia. Cuando, solitario en la OEA, el gobierno mexicano se negó a romper con Cuba, los hechos posteriores le dieron la razón al confirmar la probada solidez y apoyo popular del gobierno de La Habana. Ahora, con la misma confianza, los gobiernos de Mitterrand y de López Portillo pueden afrontar una vez más el juicio de los pueblos y de la historia: el futuro no tan lejano de El Salvador y de Centroamérica mostrará la sustancia trascendente de este paso.